

dre: esta daba á entender con sus alaridos lo pesadosa que estaba de su obra; se retorcia y se agarraba al cuello de su marido, que, no menos angustiado y pesaroso que su cónyuge, confesaba ingenuamente que no sabia lo que se habia hecho.

En medio de esta sinfonia vagneriana, vino la bendicion de Dios; es decir, vino Juan Garcia, en traje de confianza, y con vivos deseos de conocer este valle de lágrimas.

Pero la temperatura le produjo de buenas á primeras un escalofrio, que nuestro héroe se quedó sin saber lo que le pasaba.

Acto continuo, la luz le mandó un flechazo, que obligó á Juan Garcia á hacer un guiño, y exclamar para sus adentros:—¡ojo, alerta!—

Casi al mismo tiempo, el aire se precipitó por primera vez en sus pulmones, produciéndole una sensacion tan violenta, que Juan Garcia comprendió que aquello iba de veras, é hizo un puchero.

Pero lo que mas le irritó, fué la excesiva curiosidad del comadron, á quien sin duda habian dicho que Juan Garcia traia algo escondido, segun la minuciosidad con que le registraba; y cuando vió que este entrometido personaje se permitia meterse en interioridades, que, aunque en su provecho, no fueron muy de su gusto, Juan Garcia no pudo mas y rompió en llorar como un becerro.

Perdonadme esta digresion; necesito hacerme cargo de todos estos detalles para justificar la resolucion de Juan Garcia, á quien impresionaron tan fuertemente estas peripecias y otras que no relato, que, con objeto de evitarlas en lo sucesivo, se dijo á sí mismo:—“á donde fueres, haz lo que vieres”; desde hoy he de copiar fielmente las acciones, gestos y palabras de los individuos de mi raza.”

### III.

Y dicho y hecho; creció como todos los muchachos; pasó, como ellos, unas cuantas enfermedades; aprendió lo que todos ellos; como ellos, fumó antes de tiempo; tuvo como todos la primera novia á los quince años; y como todos escribió su primero y único drama á los diez y seis.

Fué jóven como todo el mundo; como todo el mundo tuvo veinticinco novias, antes de casarse, y se casó como todo el mundo.

De manera, que la historia de Juan Garcia podria muy bien titularse:—Historia de todo el mundo.

### IV.

Pero no vayamos tan de prisa.

Debemos detenernos en una, que á primera vista parece particularidad, y que, bien examinada, no lo es, ni mucho menos.

Es el caso, que Juan Garcia era un desalmado.

Pero, á falta de alma, tenia otra cosa. Tenia un arpa.

Repito que esto no es, ni puede ser una rareza.

Hartos, como estamos, de encontrar por esas calles, individuos que tienen alma de cántaro y de otras cosas peores, no puede estrañarnos, que el alma de Juan Garcia se compusiera, como otras muchas, de madera y cuerdas.

Tenia, pues, un arpa, y se apercibió de ello, la primera vez que habló con Luisa.

Luisa era una rubia sentimental y poética.

Su voz dulcísima, sonora y delicada, acarició con sus vibraciones las cuerdas del arpa de Juan Garcia, y las cuerdas contestaron galantemente “*ti-lin.*”

Es decir; que Luisa hizo *tilin* á Juan Garcia.

Luisa, por su parte, quedó encantada del descubrimiento. Desde entonces, la alegría y el entusiasmo de ambos amantes, no conoció límites. Juan habia entregado su alma á Luisa. Y Luisa se propuso hacer de aquel amor un concierto perpétuo.

Las melodias se sucedian sin interrupcion. Tras una de Donizzeti, otra de Bellini, y luego otra de Mozart, y luego... ¡qué se yo! El arpa de Juan era en manos de Luisa un himno continuado á la felicidad.

¡Ay, si Juan no hubiera tenido mas novia que Luisa! Pero Juan Garcia tenia contraido con la fatalidad un empeño terrible.

El empeño de vivir como todo el mundo. Todo el mundo tenia mas novias que él, y esto le humillaba. Le pareció *cursi* eso de mantenerse estancado en la primera novia.

Entonces empezó á notar, que Luisa era una melodista sempiterna, que la música que producía en su alma era demasiado sencilla, y hasta le pareció que repetía muchas veces una misma cantata.

En esto último no se engañaba Juan.

Luisa entonaba con demasiada frecuencia la cantata núm. veintitres de Barba-Azul—¡himeneo!

Juan Garcia comenzó á enfriarse y su alma se destempló algun tanto. Luisa no pudo menos de notarlo; y, como tenia un carácter sufrido, lejos de ofenderse, exaltó su vena musical y forzó su habilidad hasta un punto admirable; pero como el arpa ya estaba destemplada, Luisa, en un raptó de lirismo, ¡ay! le rompió una cuerda.

Juan estuvo sin poder hablar cinco minutos, al cabo de los cuales, así como otro hubiera dicho;—¡alma mía!—, él fué á decir;—¡arpa mía!—; pero con la turbacion contrajo la frase, y exclamó:—¡harpía!—

### V.

Confieso, que, si hubiera de contar tan prolija

